

VICENTE BURGOA, LORENZO, *Teoría del Conocimiento. 2.ª parte. Analítica crítica* (ICE Universidad de Murcia, 2002). 452 pp., 29 × 20 cm.

En estos últimos años se ha dado en España una auténtica floración de tratados y ensayos filosóficos sobre Teoría del Conocimiento (S. Rábade, 1995; J. L. Arce Carrascoso, 1999; J. Muñoz y J. Velarde, 2000; Anna Estany, 2001; Sánchez Meca, 2001, entre otros), lo que indica el interés de los filósofos españoles por esta disciplina filosófica. Los materiales que el doctor Vicente Burgoa (profesor de la Universidad de Murcia) ha editado pertenecen al grupo de apuntes de clase (Texto-Guía, lo denomina el autor) más que a un tratado convencional de Teoría del Conocimiento. Y desde esta perspectiva debe ser enjuiciado. Este es el segundo volumen de materiales («Analítica crítica») que pertenecen a la asignatura troncal de «Teoría del Conocimiento», y se anuncia un tercer volumen de «Análisis crítico especial».

El autor ha optado por una distribución sistemática de los problemas filosóficos del conocimiento humano a la que se subordina la visión histórica. Son seis los problemas filosóficos del conocimiento humano que se proponen: 1. La actividad reflexiva como función y como acto del análisis crítico; 2. El ser y la conciencia; 3. Las fuentes del conocimiento; 4. Sobre la objetividad del conocimiento en general: subjetivismo-idealismo-realismo; 5. La verdad del conocimiento humano en general: escepticismo y relativismo; 6. Las limitaciones gnoseológicas del conocimiento en general. Desde el punto de vista de los contenidos, se tocan los temas

podríamos llamar «clásicos» de la teoría del conocimiento.

Como el mismo autor indica, «se intenta no sólo que los estudiantes aprendan lo que se ha dicho o discutido, sino también y principalmente a pensar por sí mismos». Dentro de esta perspectiva, el autor tiene el acierto de incluir una gran cantidad de textos y cuestionarios destinados a la asimilación crítica de las diversas perspectivas actuales de problemática de la teoría del conocimiento.

Una gran virtud atraviesa el intento de estos materiales: la sistematicidad y la claridad. Los estudiantes universitarios, lo sabemos desgraciadamente por la propia experiencia docente, no están demasiado habituados hoy a enfrentarse directamente con las fuentes y a discernir por sí mismos los elementos significativos. Por ello se les provee aquí de las herramientas que necesitan para adquirir una suficiente información. Pero dar el paso siguiente, como es la reelaboración crítica de su propio pensamiento, nos parece una tarea muy difícil que no sabemos hasta qué punto son capaces de conseguirla suministrándoles unos apuntes claros y distintos... De todas formas, el esfuerzo es loable. En cada uno de los capítulos se acompaña una bibliografía para aquellos que deseen profundizar.—L. SEQUEIROS.

MARTÍNEZ-FREIRE, PASCUAL F. (ed.), *Filosofía actual de la mente. Contrastes* (Revista Interdisciplinaria de Filosofía), Suplemento 6 (Málaga, Universidad de Málaga, 2001). 375 pp. 24 × 18 cm.

Una de las líneas de reflexión filosófica más novedosas de la segunda mitad del

siglo xx es la correspondiente a la llamada *nueva filosofía de la mente*, surgida en el ámbito norteamericano, de forma inicial en la década de los años cincuenta como crítica y superación del conductismo, pero afianzada en la década de los ochenta con la aparición de las llamadas *ciencias cognitivas*. Se trata de retomar con otros presupuestos metafísicos y epistemológicos el viejo problema de las relaciones alma-cuerpo presente en la filosofía occidental desde Platón.

Si en el ámbito hispano el conductismo se expandió con varias décadas de retraso, cuando ya estaba herido de muerte, la *filosofía de la mente*, de corte funcionalista, no ha tardado tanto en llegar a nuestras fronteras, apareciendo ya desde hace un par de décadas publicaciones autóctonas importantes, tanto artículos como libros. El profesor de la Universidad de Málaga, Pascual F. Martínez-Freire, editor del texto que comentamos, es uno de los que más se ha destacado en esta labor publicitaria.

No es la primera vez que la revista *Contrastes* se ocupa de dedicar alguno de sus Suplementos al tema que nos ocupa, o al cercano de la situación actual de la filosofía de la ciencia, así como a publicar en sus números ordinarios artículos sobre filosofía de la mente. Este número extraordinario contiene doce interesantes artículos, escritos por otros tantos profesores universitarios, seis de ellos pertenecientes a Universidades españolas y otros tantos a Universidades extranjeras. Dar cuenta de modo pormenorizado de cada uno de los trabajos sería una tarea difícil, dada la brevedad de un escrito como éste, por lo que necesariamente me centraré en aspectos que me han parecido más significativos.

El conjunto de los trabajos está distribuido en seis grandes áreas: I. Posiciones en filosofía de la mente (con trabajos de Andy Clark y de Herbert A. Simon); II. Intersubjetividad, creencias e intenciones conjuntas (A. Gomila, Josefa Toribio

y Raimo Toumela); III. Metafísica y filosofía de la mente (M. Liz y P. F. Martínez-Freire); IV. Teorías de las emociones (F. Broncano y Carlos J. Moya); V. Neurobiología y filosofía (Patricia S. Churchland y Paul M. Churchland), y VI. Cognición, lógica y ciencia (A. Burrieza y Anna Estany). Como puede verse, se presenta en este elenco la mayoría de los más importantes temas sobre los que se centra la nueva filosofía de la mente. Pero entre lo más valioso de este conjunto de trabajos está el hecho de que no se limita a hacer historia de lo ya realizado en el ámbito de la nueva filosofía de la mente, sino a presentar un buen nutrido conjunto de reflexiones fronterizas y de problemas que los investigadores situados en este ámbito filosófico se están planteando hoy día. Es una buena muestra, por tanto, del talante dinámico que han tenido sus reflexiones desde sus primeros momentos.

La así denominada nueva filosofía de la mente comenzó siendo en un principio casi exclusivamente la *propuesta funcionalista* de una serie de filósofos como Fodor, Lewis y Putnam, basada en entender los estados mentales y el problema de las relaciones mente-cerebro (ya no alma-cuerpo) desde el paradigma del ordenador, como la relación entre la estructura programática (*software*) y la base material (*hardware*) de un ordenador. Este planteamiento, que en su momento inicial resultó fructífero y estimulante, se ha ido mostrando muy limitado e insuficiente, produciéndose poco a poco el abandono de este representacionismo simbólico para irse poco a poco acercando hacia planteamientos que podríamos denominar interaccionistas. Es decir, si en el funcionalismo clásico la mente y los estados mentales quedaban constituidos y encerrados en la red de relaciones sintácticas de los problemas cognitivos, situándose de espaldas a lo que pudiera decirnos la neurología y las experiencias del mundo que conseguimos a través de nuestro cuerpo, tanto en relación con el

entorno ambiental como en el contacto con otras personas, hoy día estos elementos se consideran aspectos básicos a la hora de querer entender qué sea lo mental y cómo se constituye.

El autor que más defiende las posiciones originales del movimiento cognitivista, como no podía ser menos, es Herbert A. Simon, uno de los teóricos precursores que más contribuyó a la superación del cognitivismo y a la creación de la nueva psicología cognitiva. En su artículo se lamenta de que todavía haya psicólogos que no hayan aceptado el punto de vista funcionalista de entender el pensamiento como procesamiento de información, sea de tipo serial o paralelo (conexionismo). A. Clark se centra en mostrar el carácter aislacionista del cognitivismo clásico, advirtiendo la necesidad de situar la problemática de la mente desde la interacción agente-ambiente, esto es, orientándose hacia lo que él denomina la «incorporización» de los enfoques mentalistas. Y dentro de este enfoque interaccionista es donde reaparecen viejos problemas de la filosofía, situados aquí en el apartado «metafísica y filosofía de la mente», encaminados a replantearse el fenómeno del conocimiento y la consistencia metafísica de la realidad que se presenta ante nosotros. M. Liz se plantea cómo es que nuestra experiencia subjetiva es capaz de acceder a un mundo externo a lo mental (problema epistemológico del mundo externo), y cómo el mundo externo puede acoger experiencias subjetivas (problema ontológico de la experiencia subjetiva). El autor entiende que ambos problemas están íntimamente relacionados, en su planteamiento y en su solución, en la medida en que el realismo directo por el que se inclina a la hora de solucionar el primer problema, puede ser también solución para el segundo. Martínez Freire estudia cómo se percibe el problema de «la realidad desde la mente». Ha sido común en épocas anteriores acercarse a resolver el problema desde un sujeto solipsista o un sujeto natural, pero vamos

advirtiendo que ese sujeto tiene que ser un sujeto representacional, incorporizado y dotado de un lenguaje, que no es propiedad particular, sino social, por lo que el empeño de captar lo real siempre se hará desde un horizonte lingüístico y social.

Este enfoque interpersonal y social de lo mental es uno de los elementos de mayor interés del giro cognitivo. Si desde la tradición filosófica, sobre todo a partir de Descartes, el enfoque de acercamiento a definir lo mental había sido el de primera persona, la introspección, el empeño cientifista del conductismo adoptaba siempre el enfoque de tercera persona. Pero en el primer caso nos encontramos ante la imposibilidad de acceder a las otras mentes, y en el segundo caso no podíamos acceder ni siquiera a la nuestra, puesto que se negaba la existencia de lo mental. El enfoque cognitivista del funcionalismo pretende recuperar, frente al conductismo, el ámbito de lo mental, pero no por vía introspectiva, sino objetivista, de tercera persona. Los trabajos de A. Gomila, J. Toribio y R. Toumela se orientan a estudiar lo mental desde el enfoque interpersonal y social, porque no somos realidades aisladas y solipsistas, sino que tanto a la hora de captar el mundo como de tener una idea de nosotros mismos, partimos de un ámbito de encuentro con otras mentes, en cuyo diálogo interactivo llegamos a la conciencia del yo, del otro y del mundo. Estos trabajos son, desde mi punto de vista, los más interesantes de todo el libro, en la medida en que advierten del radical enfoque solipsista con que se ha nutrido toda esta nueva filosofía de la mente de tradición anglosajona, basada en una antropología radicalmente individualista.

Asimismo, otro capítulo de enorme interés y actualidad dentro del panorama de la filosofía de la mente es el referido al estatuto de las emociones y de todo el conjunto de aspectos de la subjetividad que van más allá de lo meramente cognitivo. El artículo de F. Broncano pretende defi-

nir la naturaleza de lo mental, reflexionando sobre el amplio abanico de teorías que tratan de dilucidar su estatuto epistemológico, entre lo irracional y lo cognitivo, así como de los planteamientos que tratan de situarlos en un terreno intermedio. La dilucidación de lo mental no es tema baladí en la medida en que teniendo tanta incidencia en nuestra vida mental y en nuestra conducta, se nos plantea, como advierte en su trabajo Carlos J. Moya, el papel de las emociones en el ámbito de la responsabilidad moral. Cada vez se nos hace más claro que las emociones no son algo al margen de lo cognitivo, sino un elemento fundamental y complementario, según la hipótesis del «marcador somático» de A. Damasio: la participación de las emociones en la toma de decisiones no sólo no es un estorbo, sino su condición de posibilidad. Pero eso no quita que sea fácil solucionar la relación dialéctica que se da entre emociones y racionalidad en el conjunto de nuestras acciones y decisiones; de ahí que entienda que la moral es más un arte, sujeto a circunstancias azarosas, que una ciencia exacta y predecible.

Un apartado de gran interés es el comprendido por los artículos de los esposos Churchland, encaminados el de Patricia a mostrarnos las ventajas del reduccionismo eliminativista de lo mental al ámbito de lo neurofisiología, y el de Paul a mostrar las bases neurológicas de nuestras decisiones morales, haciéndonos ver el paralelismo, en este aspecto, entre el progreso moral y el progreso científico.

El último apartado lo componen los artículos de A. Burrieza y A. Estany, dedicado el primero al análisis de la noción de conciencia en relación con toda la problemática de la inteligencia artificial, mientras que A. Estany se detiene en el interesante problema de hasta qué punto la llamada cognición socialmente distribuida (CSD) repercute y de qué modo en el ámbito de los valores epistémicos. Partiendo del hecho de que los humanos

aprendemos a partir de esquemas culturales heredados, por nuestra pertenencia a grupos que interactúan a través del lenguaje, adopta el modelo de E. Hutchins sobre la cognición socialmente distribuida, tal y como se advierte en los ejemplos investigados de un equipo de navegación y el de la cabina de un avión, modelos que, advierte la autora, pueden aplicarse también al de los equipos de investigación científica.

Como puede verse, se trata de una selección de trabajos sobre la nueva filosofía de la ciencia de gran calidad, dado el nivel de especialización de los firmantes de los siguientes trabajos, y que invitan a una lectura profunda y sosegada si se quiere comprender a fondo los nuevos ámbitos de reflexión por los que se orientan los investigadores de este importante ámbito de pensamiento. Al mismo tiempo, lo que este elenco de lecturas dejan bien claro, y es una de las conclusiones más interesantes que se pueden sacar de esta selección de trabajos, así como los de otras selecciones semejantes que van apareciendo en el panorama editorial español, es la progresiva orientación de sus intereses hacia temas desdeñados u olvidados por la tradición de la filosofía analítica y siempre presente en las corrientes filosóficas continentales, y ya subrayadas en esta recensión, como son la incorporación de lo cerebral en el todo somático, la dimensión interpersonal y social de nuestra autoconciencia y del conocimiento del mundo, la dimensión emocional y afectiva de la subjetividad, y la dimensión valoral y moral de la condición humana. Todo esto nos hace ver la profunda transformación que está experimentando la filosofía de lo mental, que al final se convierte en una filosofía de lo humano, en su totalidad, transformación que está produciéndose tanto desde el esfuerzo autocrítico interno, como desde las críticas externas que sobre sus carencias insuficiencias se le han ido presentando.—CARLOS BEORLEGUI.